

Contra la doble verdad. Ana de MIGUEL, *Ética para Celia. Contra la doble verdad*. Penguin Random House, Grupo Editorial, Barcelona, 2021.

Pese a representar más de la mitad de la especie humana, el testimonio de las mujeres ha sido sistemáticamente ignorado a lo largo de la historia. Apenas han pasado doscientos años desde que las primeras feministas comienzan a llamar la atención sobre esta ausencia de las mujeres en la cultura y en la historia, pero todavía hoy, las mujeres no han logrado ni el reconocimiento ni el lugar que les corresponde en el mundo. Ciertamente, con el feminismo se empieza a tomar conciencia de este problema que afecta a la memoria de toda la humanidad, pero aún resuena el eco de una tradición que no considera a las mujeres como representativas de la humanidad.

¿Cuáles son los sesgos a los que nos enfrentamos a la hora de mirar hacia nuestro pasado? ¿de dónde viene esta devaluación sistemática de las mujeres? o lo que es lo mismo, ¿qué es aquello que empuja a las mujeres fuera de su propia historia? La ardua tarea a la que se enfrenta el feminismo pasa por intentar reconstruir una historia de la humanidad que habría sido narrada, leída y transmitida de manera sesgada. No obstante, para llevar a cabo esta reconstrucción es necesario preguntarse primero el porqué de este sesgo histórico, tarea a la que Ana de Miguel ha dedicado este libro que lleva por título *Ética para Celia*. En él, explora la existencia de una *doble verdad* que limita la aparición de las mujeres en la vida pública al tiempo que las considera un simple *medio* de reproducción en la vida privada. Desde el principio, la autora sitúa el problema en la ética, en tanto que son estas leyes y directrices invisibles las que regulan nuestro comportamiento de manera social y que aún ahora se hayan atravesadas por una profunda huella misógina que entierra sus raíces en los albores del patriarcado. Así pues, esta doble moral se revela aquí como culpable de convertir a las mujeres en *medios* –que no poseen valor *per se*– educándolas y dirigiéndolas a ser simplemente añadidos al papel del hombre, y limitando así su aparición en la vida pública.

Ana de Miguel se remonta en esta *ética* al principio de nuestra historia para enfrentarse a los primeros autores en busca de la *causa* que llevó al mundo a alzar y sostener esta *doble verdad* que mantiene a las mujeres en una posición de inferioridad. Un lugar que es además relegado al ámbito de lo privado, donde las mujeres son aisladas del mundo –al que constantemente dan vida–, y su labor en la historia resulta fácilmente ignorada y despreciada. Como resultado *Ética para Celia* es un libro plagado de preguntas, escrito con un tono cercano y sencillo, que nos lleva desde la experiencia cotidiana hacia un análisis íntegro de todos los entramados de nuestra cultura. En línea con la propia autora, se trata de un libro marcado por la filosofía, que se acerca sobre todo a responder cuestiones planteadas desde una perspectiva feminista, pero que no pretende, ni mucho menos, ser un libro para mujeres, pues su interés es abordar al completo la *ética* que subyace a nuestra cultura patriarcal, y que entierra sus raíces en el propio nacimiento de nuestra historia. Su autora, escritora y profesora de filosofía moral y política, es bien conocida por ser una de las feministas españolas más presentes del panorama, cuyos últimos escritos están marcados por la búsqueda del origen de la desigualdad social. En esta misma línea de trabajo tendríamos también *Neoliberalismo sexual*, un trabajo anterior dedicado al *mito de la libre elección*, que de hecho está muy presente en este último texto, pero con el que contrasta en favor de la elaboración de un trabajo más cercano y sencillo, accesible a todo tipo de público.

El libro se estructura en dos partes principales, donde la primera analiza los antecedentes históricos, para a continuación mostrarnos el papel que la cultura e historia juegan en nuestra visión del mundo del ahora. Dicho de otro modo, la primera parte está dedicada a las bases ontológicas de nuestra cultura, mientras que la segunda parte se dedica a las consecuencias de esta narrativa, que se extiende desde la ontología hasta la ética, y se manifiesta a su vez en la política.

En línea con el propio título, que destaca por su guiño a la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, esta *ética* se remonta allá donde mito y *logos* permanecen todavía indiferenciados, pues es ahí donde las primeras creencias darán paso a un





primer acercamiento al mundo y al ser humano, influyendo con su narrativa en el conocimiento que comenzaría a generarse. Dicho esto, cabe señalar que toda la lectura está atravesada por la pregunta acerca de qué es ser humano, cuyo recorrido por la historia nos lleva a darnos cuenta de que se trata de una pregunta sesgada y formulada desde una perspectiva completamente masculina. Se nos presenta así una recopilación de todas aquellas definiciones misóginas que participaron en el nacimiento de esta *doble verdad* y cómo estas se se filtran, a través de la ética y la política, en todos los ámbitos del conocimiento. Así pues, la *clasificación ontológica* que se forja en los albores de la historia nos mostrará cómo el retrato pasivo de las mujeres tiene una influencia directa en la manera en cómo vivimos, ya que obvia por completo la vulnerabilidad con la que llegamos a la vida, y oculta, no tanto nuestra necesidad social, como si la necesidad humana de ser cuidados, de la que las mujeres se han encargado activamente a lo largo de la historia.

Tras una primera parte dedicada a mostrar cómo la definición de las mujeres ha influido en la incapacitación y exclusión de las mismas, la segunda parte, que lleva por título *de las condiciones de la vida buena*, se basa en las implicaciones de un discurso que insiste en la diferente capacitación de hombres y mujeres como seres humanos. Como ya habíamos visto, esta jerarquización, que se remonta a la propia ontología, no habría sido provocada de manera casual, pues el nacimiento de eso que llamamos ciencia necesitó introducir una distancia entre el ser humano y la naturaleza que justificara esa capacidad divinizada de generar un conocimiento objetivo del mundo. Tanto es así que desde Aristóteles a Darwin, la devaluación de las mujeres funcionó como un instrumento de liberación de los hombres: mientras ellas se encargaban del mantenimiento y cuidado de sus semejantes, ellos disponían del tiempo y la energía necesarios para adentrarse en el conocimiento del mundo. De este modo, las mujeres pasaron a ser conceptualizadas como *medios*, y con ellas se devaluaron las actividades ligadas a la reproducción y mantenimiento de especie humana, mientras que el ámbito del conocimiento fue exaltado y venerado como la actividad por excelencia del ser

humano, a la que, sin embargo, solo los hombres tenían acceso. Así pues, las mujeres fueron relegadas a un papel muy concreto de amante-esposa-madre que si tenían la osadía de rechazar las condenaba a una *nuda vida* de mujeres *públicas*, que eran despreciadas y apartadas de la sociedad. Esta diferencia entre mujeres privadas y públicas recoge, no solo la importancia del concepto de familia –del que de hecho depende el patriarcado–, sino también los diferentes significados que tienen el amor y el sexo respecto a hombres y mujeres.

El valor de las mujeres como seres humanos tuvo que ser limitado respecto al del hombre para poder hacer de ellas un *medio* de reproducción y satisfacción del patriarcado. Como consecuencia de esto ni siquiera la libertad de la que presume el ser humano es igualmente aplicable a hombres y mujeres. La mujer, al ser ontológicamente considerada como *medio*, aún ahora carece del reconocimiento necesario para disfrutar de igualdad de condiciones, lo que es fácilmente apreciable en las relaciones románticas y sexuales, a las que las mujeres llegan ciertamente advertidas, pero también adoctrinadas por el amor romántico, mientras que para ellos se asemejan a un juego de caza. Dicho esto, esta segunda parte no se dedica solo a las consecuencias de esta doble moral, sino que además nos acerca ciertas claves de recuperación del espacio público como sujetos de pleno derecho. Cabe destacar en este punto el papel que la autonomía y el reconocimiento tienen como condicionantes básicos de esta *vida buena*. Virtudes sobre las que muchos autores habrían reflexionado en relación con la amistad –entendida esta como una forma de reconocimiento ontológico y respeto hacia la libertad del otro–, pero que en este caso la autora extiende a otros ámbitos de la vida y de la política.

El reconocimiento de las mujeres como seres con valor propio, pese a que se ha revelado como la complejizada tarea de esta reconstrucción histórica, había de ser la clave más importante para la destrucción de las desigualdades sociales. No obstante, no solo se trata de condenar el *uso* de las mujeres, sino también de ser conscientes de cómo la sociedad sigue utilizando discursos cada vez más pulidos, que incluso se sirven de la propia libertad de elección, para

que las mujeres sigan participando de un papel secundario, ahora teñido de un aura de liberalismo bohemio. La perspectiva feminista cumple aquí la función de ampliar nuestra visión del mundo y recordarnos que este también se ha construido gracias a la participación de las mujeres de un orden social que desde el principio las degrada y excluye desde el orden simbólico. Sin embargo, no podemos considerar la teoría como suficiente. Este libro pretende ser un repaso histórico que nos invita a corregir y resignificar el papel de las mujeres, pero jamás será suficiente para contrarrestar siglos y siglos de discriminación. Es por esto que el mismo epílogo, después de desengranar las bases ontológicas y éticas de nuestra sociedad, termina haciendo un llamamiento a la política como verdadero instrumento de cambio:

La política debe ser el instrumento para cambiar las estructuras que permitan poner fin a la doble verdad, debe servir para transformar radicalmente los cimientos de un mundo en el que las instruc-

ciones de uso, por así decirlo, han sido radicalmente distintas para mujeres y hombres, y no solo eso, sino que fueron hechas por los hombres¹.

Podríamos decir que estamos ante un libro que, pese a tratarse de una lectura sencilla, aborda la ética desde una perspectiva integral, que se hace indisoluble del cometido feminista. Si bien se trata de un libro introductorio para aquellos aficionados a la filosofía, que carece de tesis complejas y conceptos especializados, su lectura no resulta ni mucho menos despreciable, pues carece por completo de alardes de sabiduría, al tiempo que nos propone un análisis pormenorizado de nuestra cultura. Por todo ello, esta *ética* tiene todo que podríamos pedir a un acercamiento a la filosofía y la historia, y lo hace desde una perspectiva feminista que sigue siendo minoritaria en nuestras bibliotecas.

Nerea PIN PORTELA

E-mail: nere95pipo@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.laguna.2022.51.08>



¹ Ana de MIGUEL. *Ética para Celia. Contra la doble verdad*. (Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2021) p. 349.